

DIVERGENTES Y DESUNIDOS

JORDI SOLÉ TURA

Sea cual sea el desenlace de la crisis de Convergencia i Unió es indudable que estamos asistiendo a la fase final de una alianza conflictiva pero que ha permitido a la coalición de Convergencia Democrática y de Unió Democrática mantenerse en el poder de la Generalitat durante años. Digo fase final porque, de hecho, ya lo es desde las últimas elecciones autonómicas. Hasta entonces, el fuerte liderazgo de Jordi Pujol y las crisis de liderazgos del P.S.C. habían creado un espacio político que permitía a Convergencia dominar la Generalitat y a Unió convertirse en un auténtico partido político. Pero el resultado de las últimas elecciones autonómicas demostró que la coalición ya no daba más de sí y que la correlación de fuerzas en Catalunya estaba cambiando a pasos acelerados. Por un lado, el P.S.C. y sus aliados, unidos bajo el fuerte liderazgo de Pasqual Maragall, se convertían en la fuerza más votada. Y, por otro lado, el P.P. obtenía los votos suficientes para permitir que C.i.U. continuase, a trancas y barrancas, en la jefatura de la Generalitat bajo la dependencia del propio P.P.

El resultado ha sido y es esperpéntico. El grupo político más votado, el P.S.C. y sus aliados, está en la oposición y el segundo, C.i.U., gobierna en nombre del nacionalismo con el apoyo de un P.P. que se presenta a sí mismo como el máximo enemigo de este mismo nacionalismo. La víctima de todo esto es el conjunto de una sociedad catalana que ni está ni se siente gobernada ni impulsada y que observa con estupor y con desánimo los avatares de una dirección política que no es tal y que más bien se parece a una pelea de gallos descafeinada entre varios gallitos sin o con escasas plumas. Por esto tengo la impresión de que son muchos los ciudadanos de Catalunya que se sienten estafados o totalmente alejados del asunto. Estafados los que batallaron contra la dictadura para crear el nuevo Estatut d'Autonomía y, con él, la nueva Generalitat democrática. Alejados los que observan con un interés perfectamente descriptible el rifirrafe entre los

dirigentes de Convergencia y los de Unió ,en su dura lucha para ver quien coloca y quién descoloca a quién.

La verdad es que el asunto no da más de si. Ni Convergencia puede prescindir de Unió ni ésta puede emprender un nuevo camino en solitario. Por consiguiente, el presidente Pujol aprovecha su propio espacio de maniobra para situar a Artur Mas como delfín, sabiendo que necesita a Unió pero que ésta no tiene posibilidad ninguna de colocar a Durán Lleida como sucesor. Y, a su vez, Unió cree que puede aprovechar el desconcierto en la cúpula de la Generalitat para ganar algunas posiciones, pero sabe que ni puede desmarcarse de Convergencia ni plantarse a la torera. Durante unas semanas asistiremos a un duro intercambio de desplantes y acusaciones y luego una y otra formación seguirán manteniendo la sigla única, C.i.U., y se meterán con pocos ánimos en una batalla política que muy probablemente perderán.

Dicho esto es indudable que estamos entrando en una fase nueva de la política catalana. Que el presidente Pujol haya creado la figura del "Conseller en Cap", tan exigida por la izquierda catalana en los momentos iniciales de la autonomía y tan negada por él mismo, es una demostración de su propia renuncia futura. Dicho de otra manera: Jordi Pujol ya sabe que no será el próximo Presidente de la Generalitat. Sabe también que por mucho que intente mantener su liderazgo actual, Convergencia se dividirá no en dos sino en varias fracciones, desde los tecnócratas formados en la administración del propio Pujol hasta los soberanistas de salón ,y que esta Convergencia descafeinada sólo podrá mantenerse, a trancas y barrancas, con la colaboración de una Unió resentida y con el apoyo de un P.P. que intentará por todos los medios arrebatarse sus propios votos.

Por esto creo que Catalunya sólo podrá salir del agujero en que le están metiendo sus actuales gobernantes si una auténtica izquierda catalana – o más exactamente, un centro-izquierda -- capaz de integrar a todas sus fuerzas sin excepción toma el mando y abre nuevos caminos.

No estoy hablando de futuros imperfectos ni de elucubraciones de salón. La situación actual está frenando a Catalunya en un momento decisivo de lo que debería ser ya su propio desarrollo como gran entidad europea . El gobierno de C.i.U. ya no da más de si ni puede ofrecer ninguna perspectiva de mejora colectiva. Ha entrado en un pantano de muy difícil salida y no puede ni debe esperar que seis

millones de habitantes le guardarán el asiento para que retome el bastón de mando después de jugar con el país en pleno. El rifirrafe entre Convergencia y Unió y el sometimiento de ambas formaciones al P.P., son datos con un pie lesionado en el presente y otro pie aferrado en el pasado. Dentro de Convergencia predomina la divergencia y dentro de Unió la desunión, mientras el P.P. espera el desayuno. Catalunya no puede esperar que lo que se ha roto se recomponga y las fuerzas del centro y de la izquierda catalanas cometerán un gran error si no se lanzan desde ahora a tomar el timón.